

La cosa del camino

Jack Andrew



Capítulo 1

La cosa del camino

Ya hacia un largo rato que Martín había abandonado aquel pueblo apartado. La muerte de su tía era la causa por la que había concurrido a tal particular ubicación, y la ceremonia se había alargado hasta tarde. Por esa causa era que, ya entrada la noche, conducía su coche por aquel camino de tierra y se distraía de vez en cuando observando los altos pastizales que lo rodeaban. Encendió la radio intentando captar alguna señal local y después de un rato sintonizó una agradable música de jazz que hacia 20 minutos lo acompañaba. Conducía lento, no por miedo a chocar, sino porque su desconocimiento de aquel terreno lo podía llevar a tomar el camino equivocado y así alejarse peligrosamente de la ruta. Manejaba relajadamente con una mano en el volante y la otra descansando en su pierna derecha. Cada tanto un suave ráfaga de viento movía los pastizales y parecía que su leve movimiento acompañaba el de aquel solitario vehículo, cuyas luces, eran la única fuente de iluminación en esa noche completamente cerrada. Nada parecía romper con la monotonía de aquel paisaje hasta que Martín se detuvo abruptamente, en un movimiento totalmente disparejo con la tranquilidad de aquella noche. Primero le costó vislumbrar que era, no había nada más que las luces del auto para ayudarlo. Ahí completamente quieto, y formando con su postura una simetría inquietante con aquel terreno, se encontraba un perro. Más bien un lobo, pensó Martín, debido a su considerable tamaño. Lo observó unos cuantos segundos, ya que el animal estaba completamente inmóvil y peor aún, lo miraba fijamente sin mover, si quiera, un solo músculo. Había algo raro en su mirada, no estaba furioso, pero tampoco relajado, era una mirada de concentración absoluta e inamovible hacia Martín quien, no asustado pero si incomodo, había quedado inmóvil esperando el movimiento del perro. Paso un minuto, tal vez dos, con esta situación y el hombre, un poco inquieto un poco harto, tomó cartas en el asunto y tocó 3 veces la bocina para que el animal decidiera seguir con su camino, pero nada cambio al inmutable can. Martín repitió un par de veces más la acción con la bocina, pero nada ocurría. Se dejó caer sobre el asiento, soltó las manos del volante y observó a su particular obstáculo del camino. Se le ocurrió bajar y ahuyentarlo o, por lo menos correrlo para poder avanzar, pero lógicamente se le ocurrió que el animal podía ser salvaje y atacarlo. Aun así, después de observarlo otro rato, pensó que tenía el pelaje demasiado bien cuidado, tal vez en exceso para un perro que vivía en el campo, para que no sepa diferenciar un humano agresivo de uno pacífico y procedió a bajar del coche. El frío lo inundó de golpe. Aquel paisaje parecía una foto. No soplaban el mas mínimo viento. No se movía el polvo, ni las hojas, ni los pastizales, ni menos aún, el perro. Martín lo observó un segundo y dio un par de pasos al mismo tiempo que

le gritaba y movía los brazos en un intento inútil por hacer que el animal se mueva. Y vio sus ojos. Los miro fijamente, no eran los ojos de un perro. Eran muy expresivos, muy certeros, muy humanos. Y muy rojos. Martín quedo paralizado, y por primera vez, aterrado ante tal escena. Esos ojos impiadosos penetraban en su cabeza y parecían leer cada movimiento que él iba a hacer. Martín comenzó a desesperarse por dentro ante la presencia de aquel animal que, lentamente comenzaba a ponerse de pie al ritmo que dejaba ver unos filosos dientes. Martín pego un grito que cualquiera que hubiera estado a unos cuantos metros hubiera escuchado, y sin dejar de ver a aquel horrible ser se dirigió rápidamente hacia su coche al ritmo que el animal comenzaba a avanzar peligrosamente rápido. Entro casi de un salto en el auto y cerro fuertemente la rápida, aunque tuvo que volver a hacerlo porque su campera había quedado enganchada. Una vez hecho esto, y con el sudor corriéndole por toda la frente, puso vista en el camino dispuesto a arrollar a aquel monstruo de la ruta, pero algo lo impidió. El perro ya no estaba estorbando el camino, ya no se encontraba en frente del auto impidiendo el paso, aquel horrendo animal, se encontraba sobre el capo del coche, mirando fija, y más penetrantemente que nunca, al pobre Martin, que ya no temblaba, si no que llorisqueaba acurrucado en su asiento. La saliva caía de la boca del perro mientras que sus ojos, sus horribles ojos, se abrían más y más, siendo más rojos a cada momento que pasaba. Los dientes eran extremadamente blancos y filosos, y las orejas del perro se encontraban totalmente erguidas ante la mirada paralizada del conductor. Martin respiraba totalmente agitado, no se atrevía a sacar la mirada de aquel horrible animal y finalmente, en el clímax de su horror, pego un grito aún más fuerte que el anterior ante la mirada maligna del monstruo. A la mañana siguiente, dos granjeros encontraron el auto, aun encendido en medio del camino. Al acercarse encontraron una desagradable sorpresa. El cuerpo del conductor totalmente inmóvil, pegado a su asiento y con los ojos completamente blancos.

-Pobre quedo fulminado.

-¿Habrá sido un infarto?

-Y puede ser, viste como son estos caminos, por el pueblo se habla siempre que el diablo los recorre a la noche, llevándose a algún que otro pobre infeliz.